

R A M Ó N M E L L A D O
CATEDRÁTICO DE PEDAGOGÍA
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

LA EDUCACION Y EL CAMBIO SOCIAL EN PUERTO RICO

La evaluación del cambio social

La escuela pública puertorriqueña, como institución del Estado, tiene una gran responsabilidad en la orientación cultural de nuestra sociedad. Es obvio que no todas las alternativas culturales son satisfactorias para un pueblo; muchas de ellas sólo son soluciones transitorias y de emergencia para eliminar las tensiones individuales producidas por las nuevas fuerzas sociales. Hay otras que sí son satisfactorias, y no sólo devuelven a la persona la estabilidad perdida, sino que estimulan a la vez el equilibrio, la unidad y el crecimiento de todo el grupo social. Nuestra escuela pública debe determinar, en la forma más objetiva posible, cuáles de las nuevas pautas de conducta que se están forjando en el Puerto Rico de hoy son beneficiosas para nuestra sociedad y cuáles son perjudiciales. No hay duda de que el problema es difícil, que faltan muchas investigaciones por hacer, que el asunto es controversial y escabroso, que jamás habrá un consenso sobre nuestras preferencias culturales, y que habrá que revisar las conclusiones periódicamente; pero nada de lo anterior

debe impedir el comienzo inmediato de la tarea con todos los recursos disponibles. Una vez juzgadas las nuevas pautas culturales, la escuela deberá proveer las situaciones educativas para facilitar la adopción de las deseables y la gradual eliminación de las indeseables mediante su sustitución por otras más adecuadas. Como la educación es una empresa de carácter moral, su campo de acción es el campo de las preferencias y los prejuicios.

Las iglesias evalúan el cambio social que ocurre en una sociedad desde el marco de referencia de una autoridad trascendente, como es la moral religiosa; juzgando las nuevas alternativas culturales a la luz de lo prescrito en sus códigos de moral, ellas determinan la bondad o la maldad del cambio social. En nuestra propia sociedad, la Iglesia Católica ha condenado el divorcio, así como las prácticas neomaltusianas para el control de la natalidad. Tanto la Iglesia Católica como la Iglesia Protestante han condenado al comunismo materialista y a las tonalidades de frivolidad y epicureísmo que caracterizan a muchas de las diversiones del mundo contemporáneo. Por otro lado, todas las iglesias cristianas han dado su aprobación a los pasos dados por la institución de la familia para democratizar las relaciones entre sus miembros constituyentes; también han aprobado la tolerancia racial, el mejoramiento de los trabajadores, el progreso tecnológico y todo aquello que concuerde con los principios básicos del cristianismo. Cuando una iglesia aprueba o desaprueba una norma de la conducta humana, es porque cree que hay unas jerarquías en los valores y que unos, los de inferior jerarquía, deben juzgarse a la luz de su congruencia con otros, los de superior jerarquía. Los valores supremos, desde donde se estudian y se juzgan a todos los demás valores, son los que aparecen en la verdad revelada por Dios; como tienen su origen en la misma divinidad, son perfectos, incuestionables, eternos y absolutos. Su interpretación es responsabilidad de las altas jerarquías eclesíásticas, y esta interpretación podrá estar equivocada, pero generalmente está clara en el sentido de que no deja lugar a dudas en cuanto a cuáles son los caminos a seguir. Las filosofías de la educación, que determinan las finalidades y que gobiernan los procesos de la enseñanza y del aprendizaje en las escuelas religiosas, ejercen la mayor presión para que los estudiantes y los maestros se muevan, sin vaci-

lación alguna, por tales caminos. Sin menosprecio alguno para la percepción humana, o para los procesos reflexivos del hombre, las filosofías educativas religiosas anteponen a ellos, si fuere necesario, la fe. Si los productos de la percepción y la reflexión pugnan con la verdad revelada, hay que revisar los productos, pero no la verdad. En última instancia, la autoridad más confiable para el hombre radica fuera de él.

Los “intelectualistas” o “clasicistas”, dirigidos en los Estados Unidos por Robert Hutchins y Mortimer Adler, evalúan el cambio social que ocurre en una sociedad desde el marco de referencia de lo que para ellos es una autoridad inmanente en el ser humano; las nuevas alternativas culturales son juzgadas a la luz del razonamiento “a priori”, especialmente el razonamiento de los grandes sabios que la humanidad ha tenido. Para Hutchins, Adler y sus partidarios, la autoridad más confiable para guiar la vida humana radica dentro del hombre, y esa autoridad es su intelecto, esto es, su capacidad para razonar. Aunque el movimiento “intelectualista” no menosprecia lo sobrenatural ni lo empírico, lo subordina, sin embargo, a la racional, estableciendo, al igual que el dualismo religioso, jerarquías en el conocimiento. Afirma, con la mayor certidumbre, que el propósito fundamental de la educación es el desarrollo de las facultades racionales latentes en el hombre, y como estas facultades son las mismas en cualquier época y en cualquier lugar de la tierra, la educación es una, y es universal y es eterna. El estudio de los primeros principios, y no los problemas de vida del mundo contemporáneo, deberá ser el punto de partida para el logro de la gran finalidad educativa. Los materiales más adecuados para el estudio de los primeros principios se encuentran en las grandes obras clásicas de la humanidad. Una vez se dominan estos principios, y a través de ellos se desarrolla plenamente el intelecto, ya está asegurada la conducta inteligente; entonces, no importa cuanto cambio social ocurra, el hombre estará preparado para enfrentarse a él. La bondad o la maldad del cambio social se juzga a la luz de la racionalidad humana; racionalidad que, para el intelectualista, tiene direcciones propias; racionalidad que es metal brillante que tenemos al nacer y sólo necesita pulimento; racionalidad que tiene sabor platónico; racionalidad que es sal-

vación única para una civilización en crisis, como la nuestra. Cuando el cambio social mueve a las sociedades en dirección de la tecnología, cuando mueve a la escuela en dirección de lo empírico y lo vocacional, cuando impulsa a los adolescentes a llevar una intensa vida social y deportiva o cuando coloca la autoridad suprema de un pueblo en su sociedad de masas, el intelectualista rechaza y condena tales cambios porque ellos no concuerdan con su concepción de la conducta racional inteligente del hombre. El movimiento intelectualista tiene un trasfondo de aristocracia intelectual innegable; aristocracia intelectual que para el naturalismo empírico está tan deteriorada y tan anacrónica como la aristocracia social o la política.

Los pragmáticos, dirigidos por John Dewey, evalúan el cambio social desde el punto de vista de la experiencia primaria; esto es, el contacto orgánico, directo, con el mundo. Cuando se usa la experiencia humana como marco de referencia para juzgar las nuevas alternativas culturales, no se busca una autoridad que trascienda al hombre; tampoco se busca una que radique exclusivamente dentro de él. La experiencia, como fenómeno natural, es una interacción del hombre con el mundo que le rodea; está gobernada tanto por las facultades inmanentes en el ser humano como por las fuerzas exteriores a ese mismo ser humano. Envuelve tanto a la percepción como a la reflexión. La experiencia adquiere sentido y dirección por sí misma; las consecuencias de lo que hacemos al mundo y de lo que el mundo nos hace le dan significación a la vida y determinan nuestros conocimientos, hábitos, intereses y preferencias. La vida no necesita otro código que no sea el que produce la misma experiencia vital. Lo correcto es lo bueno para la persona y para el grupo social a que pertenece, y lo bueno es lo que produce el crecimiento general del ser humano. Crecer es enriquecer la vida de experiencias provechosas, y las experiencias provechosas son las que se multiplican, las que llevan dentro de sí el germen de su propia continuidad. Cuando los partidarios del pragmatismo juzgan el cambio social que ocurre en un país cualquiera, observan, antes que nada, sus consecuencias. Si el cambio enriquece la vida de los que componen el grupo social, esto es, si les hace crecer, el cambio es bueno. Si les empobrece la vida y obstacu-

liza el crecimiento, el cambio es malo. Crecer es educarse; es adquirir los conocimientos y formar los hábitos, las actitudes y los valores que a su vez estimulan el propio crecimiento. El proceso educativo, ha dicho Dewey, no tiene ningún propósito fuera de sí; es su propio propósito. El objetivo de la educación es más educación; o es el enriquecimiento de nuestras experiencias. El pragmatismo tiene más fe en el método para buscar la verdad que en la verdad misma: ante la falibilidad del conocimiento, como producto del aprendizaje, concentra su atención en los procesos que conducen al conocimiento. Cuando una sociedad está pasando por una época de rápida transformación social, el educador pragmático se aferra más a su doctrina, pensando que no vale la pena esforzarse por desarrollar normas específicas de conducta si éstas están condenadas a la desaparición. Por su falta en la fijación de metas claras y precisas, y por su actitud un tanto escéptica sobre la verdad, la filosofía educativa pragmática ha sido calificada como filosofía de la confusión y de la incertidumbre.

Hay otra alternativa para la evaluación del cambio social que, a mi juicio, es la más prometedora de todas. ¿Por qué no juzgar los cambios que ocurren en nuestro pueblo a la luz de las grandes preferencias de la cultura occidental, que también son preferencias, tal vez en el plano ideal, de nuestra propia sociedad? Me refiero a las preferencias que han ido perfilándose a través de los siglos como resultado de las luchas del hombre de Occidente con el ambiente donde vive. La experiencia acumulada y colectiva de millones y millones de personas por miles y miles de años ofrece un marco de referencia difícil de superar. En esta experiencia ha intervenido el contacto directo del hombre con su mundo circundante, atendiéndose de esta manera la demanda empírica; también ha intervenido la racionalidad humana mediante el proceso reflexivo que acompaña inevitablemente el análisis de las percepciones; y están claramente visibles las huellas de las esperanzas milenarias de nuestra especie en una vida y en unas fuerzas de orden trascendente. De las grandes preferencias de la cultura occidental se han eliminado, con el correr de los años y los siglos, los egoísmos, los prejuicios infundados, las estrecheces regionales; lo que ha sobrevivido es el

filtrado más puro que puede lograrse de lo satisfactorio para la humanidad.

Se podría hacer un análisis detallado de los valores preferidos de nuestra cultura occidental. Voy, sin embargo, a limitarme al señalamiento de los que me parecen más significativos. Ellos son: 1) el afán por conocer los secretos del universo, y la fe en el método de la ciencia como el mejor instrumento para lograrlo; 2) el respeto a la dignidad del ser humano, la confianza en su inteligencia y la preferencia por los procesos democráticos; 3) la deseabilidad de compartir las riquezas naturales, los bienes económicos y el afecto con todos los miembros de la sociedad, y 4) la convicción de que las grandes pautas de la vida cristiana, con o sin connotaciones sobrenaturales, son hasta ahora las más satisfactorias para guiar la conducta del hombre. Estas grandes preferencias del mundo occidental no tienen que considerarse como absolutos; deben, sí, tomarse como orientaciones culturales, pautas ideales de la conducta, que seguirán perfeccionándose con el tiempo, pero que ahora son capaces de dar al hombre moderno el sentido de dirección y de seguridad que tanto necesita. Veamos su aplicación al cambio social puertorriqueño en el momento actual. Nuestra sociedad se ha industrializado; la gente se mueve del campo a la ciudad; la tecnología y sus productos invaden nuestra vida; aumentan los empleos y el ingreso "per cápita"; mejora la salud, se extiende la educación y se elevan las normas de vida de todas las clases sociales. Pues bien, todo eso coincide con nuestro marco de referencia. Se forman arrabales en la ciudad, aumenta la delincuencia, la máquina desplaza al obrero de su trabajo, la rutina de la fábrica desalienta la obra creadora del trabajador, pierde el hombre su sentido de seguridad ante el posible desempleo, o se siente solo entre una muchedumbre que no conoce la bondad del afecto. Pues mal, porque eso está en pugna con los grandes valores preferidos por el mundo de Occidente.

El progreso económico y la extensión de las facilidades educativas rompen la rigidez de las estructuras sociales y estimulan la movilidad social ascendente; se crea una fuerte clase media que influye cada vez más en la vida insular; desaparecen gradualmente los centros sociales públicos de carácter exclusivista; el

prestigio profesional cuenta más que antes y la alcurnia cuenta menos en la determinación del "status" social de las personas. Pues bien, porque todo eso concuerda con nuestro marco de referencia. Las clases bajas de las subculturas del cafetal y del cañaveral tienen muy escasas oportunidades de ascender a las clases medias, por su extrema pobreza económica; el color de la piel aún cuenta como factor determinante para ascender a las clases sociales más altas; aún existe una clase social superior que se enquistó dentro de nuestra sociedad y se niega, por vano orgullo, a compartir no sólo su riqueza, sino su afecto con las clases más humildes. Pues mal, porque todo eso pugna con el concepto de lo bueno y lo correcto según lo hemos aprendido a través de los siglos.

La familia puertorriqueña mantiene, en términos generales, su característica patriarcal y ofrece afecto y sentido de seguridad a sus miembros; se democratiza el gobierno del hogar en aquellos sectores en donde la educación ha sido más extensa y en donde la mujer ha contribuido económicamente al sostenimiento de la familia; los padres aspiran a reducir el tamaño de sus familias para atender mejor sus necesidades; los hijos no desarrollan notable agresividad contra los padres cuando éstos les exigen lealtad y obediencia; hay bastante solidaridad conyugal, y los padres dirigen con valor la formación de la personalidad de sus hijos, dentro del cuadro general de confusión que existe en toda sociedad donde abundan las alternativas culturales y escasean los universales. Todo lo anterior está a tono con las pautas ideales de conducta que sugerimos como marco de referencia para juzgar el cambio social. Ahora bien, estas mismas pautas condenan ciertos cambios que ocurren actualmente en la familia puertorriqueña, como la menguante solidaridad conyugal en la subcultura del cañaveral, que aumenta el matrimonio consensual y el divorcio; y la declinante participación de la familia como unidad actuante en la vida social y económica de la comunidad, según crece el proletariado.

En la actitud religiosa de los puertorriqueños se perfila una tendencia a separar lo natural de lo sobrenatural, lo material de lo espiritual, lo sagrado de lo profano. Esta actitud los ha impulsado repetidas veces a juzgar por sus méritos las controversias

sociales o políticas libres del dictamen de las altas jerarquías eclesiásticas. A mi juicio ello concuerda con la confianza que tiene el hombre occidental en la experiencia cuando brega con los problemas de este mundo, y con su respeto a la dignidad y a la inteligencia humanas. Por otra parte, el debilitamiento del fervor religioso en la subcultura del cañaverol, o en las clases bajas de la zona urbana, si es que tal cosa ha ocurrido, es de lamentarse. En primer término, porque la religiosidad nunca fue muy marcada entre los puertorriqueños; y en segundo término porque el mundo de Occidente trata desesperadamente de reconciliar la ciencia con la religión, pero no de eliminar esta última. La experiencia religiosa, aunque no tuviera cualidades extrahumanas, es demasiado valiosa para que la perdamos.

En nuestras relaciones con el Gobierno de los Estados Unidos y con los norteamericanos se ha operado un cambio en la actitud de los puertorriqueños. El incondicionalismo va cediendo el paso al “condicionalismo”, según la educación abre el camino de la inteligencia y ésta abre el camino de la libertad. El complejo de inferioridad del Gobierno de Puerto Rico frente al Gobierno Federal prácticamente ha desaparecido en los últimos veinticinco años. También ha cambiado mucho la actitud de los puertorriqueños frente a los norteamericanos; mi impresión personal, sin prueba objetiva alguna, es que, según pasa el tiempo, miramos a nuestros conciudadanos del Norte con más afecto, pero con menos deslumbramiento; los miramos de igual a igual. Creo que nadie cuestionaría la bondad de este cambio.

La honestidad en el proceso electoral es otro de los cambios logrados por el pueblo puertorriqueño en el siglo actual, que confirma su fe en los procesos democráticos. Ahora bien, todavía perduran consideraciones de carácter personalista en las decisiones políticas de los ciudadanos; todavía quedan recuerdos del caciquismo tradicional, y esto lucha tanto con los valores democráticos como con el método de la ciencia. La decisión del ciudadano frente a la urna electoral debe basarse exclusivamente en sus propias experiencias de vida.

En las aspiraciones políticas de los puertorriqueños creo que se perfila una tendencia general, que no es muy distinta a la del siglo XIX. Puerto Rico aspira a lograr su libertad política en aso-

ciación con los Estados Unidos, tal como en el siglo pasado aspiraba a lograrla en asociación con España; rechaza, sin embargo, la idea de que esta asociación le disuelva o le aglutine su personalidad, tal como ha ocurrido en Tejas o en Nuevo Méjico. Puerto Rico aspira, además, a resolver su problema de libertad política sin entorpecimiento alguno para su creciente progreso económico, que depende casi totalmente de su asociación con los Estados Unidos. En otras palabras, Puerto Rico aspira a lograr simultáneamente su libertad política, su libertad económica y su libertad cultural. Estoy completamente convencido de la bondad de esta aspiración y de su congruencia con el marco de referencia que hemos escogido para juzgar el cambio social. Hay algo, sin embargo, que me preocupa, y es lo siguiente: tal parece que, por ahora, la completa libertad política sería un obstáculo para el logro de la seguridad económica o para el libre y natural desarrollo de nuestra propia cultura, y ante esta situación me parece vislumbrar una tendencia a subestimar los valores de la libertad política, o a deformar su alta significación. Las personas que esto hacen creen resolver un problema, cuando de hecho lo que hacen es ocultarlo. Subestimar la libertad es subestimar la dignidad y la inteligencia del hombre, y quien tal cosa hace se pone frente a las grandes pautas ideales de la cultura occidental.

El paternalismo, que antes gobernaba las relaciones obrero-patronales, va cediendo el paso a la relación impersonal entre obreros y patronos, sirviendo la Unión Obrera de intermediaria. En las zonas industriales urbanas, y en la subcultura del cañaveral, es donde más se nota el cambio; y, como era de esperarse, donde menos se nota es en la subcultura del cafetal. Si analizamos este cambio a la luz de las preferencias que hemos escogido como pautas ideales de conducta, lo único que resalta es la deseabilidad de dar al obrero una justa compensación por su trabajo, y dársela con afecto; el paternalismo del pasado estaba recargado de afecto, pero muy parco en compensaciones materiales. La solidaridad entre las clases trabajadoras ha aumentado considerablemente y el pueblo puertorriqueño, en general, muestra una mayor comprensión a las necesidades del trabajador. Se puede afirmar que Puerto Rico sigue muy de cerca los movimien-

tos económicos y sociales de Occidente para igualar algún día las facilidades de vida de toda su población.

El proceso educativo

Hecha a la ligera esta evaluación del cambio social procede sugerir algunas ideas sobre la instrumentación de un programa educativo que se haga cargo de estimular las pautas de conducta que se han juzgado como satisfactorias y de sustituir por otras las que se han juzgado como indeseables. Pero antes, y para ofrecer una base de entendimiento común, hagamos un breve resumen del proceso educativo.

El papel que juega la experiencia humana en la formación y transformación del hombre es decisivo. Todo lo que aprendemos en la vida es una consecuencia lógica de nuestra interacción con el mundo que nos rodea; de lo que hacemos con ese mundo y de lo que ese mundo nos hace a nosotros. De ahí que, refiriéndose a los seres humanos, muchos educadores hayan dicho que la educación es la vida, que aprendemos lo que vivimos, que aprendemos nuestras propias respuestas, etc. Lo mismo podría decirse de los aprendizajes que ocurren en los animales irracionales. Todo lo que los organismos vivientes aprenden, consciente o inconscientemente, es el resultado de sus experiencias vitales, de sus bregas con los objetos y los acontecimientos del mundo donde viven.

Los aprendizajes humanos que corresponden a los aprendizajes de los animales irracionales, tales como los reflejos condicionados, son fáciles de explicar en términos de experiencias vitales. En ellos se ve, con la mayor claridad posible, el papel significativo que juega la experiencia primaria; estos aprendizajes son ajustes que se producen en los organismos como resultado de sus contactos directos e inmediatos con el medio circundante. Hay, sin embargo, otro tipo de aprendizaje, humano por excelencia, que también es un resultado de la interacción del hombre con su medio, pero cuya significación no se interpreta siempre con igual claridad. Este es el aprendizaje que envuelve el razonamiento, la reflexión, y que ocurre en el hombre gracias al

desarrollo de su mentalidad. El aprendizaje reflexivo, al igual que los otros aprendizajes, debe también vivirse; es también un ajuste que se produce en el ser humano como resultado de su conducta en el medio que le rodea, y no es, como muchos suponen, germinación interna de la reflexión.

El hombre aprende cuando resuelve sus problemas y con ello logra nuevos ajustes orgánicos con el universo donde vive. La situación del aprendizaje la componen la configuración de la persona misma y los objetos y acontecimientos del universo relacionados con ella que, en una forma u otra, motivan la dificultad. Ahora bien, en el aprendizaje reflexivo esta situación debe ser algo de lo cual se tenga conciencia, y que se pueda localizar y precisar claramente en el espacio y en el tiempo. Para ello es necesario que, directa o indirectamente, penetre en el campo de nuestras percepciones. Puede también ser algo que otro humano nos describa por medio de símbolos, siempre y cuando que ya nosotros hayamos descubierto previamente, a través de experiencias primarias, la significación de tales símbolos y podamos reconstruir con ellos en nuestra imaginación el drama actual de la vida, al cual hacen referencia. De ocurrir lo primero, se abre el camino, mediante el contacto directo con la naturaleza, para la cristalización de los símbolos que permiten el fluir del pensamiento; todo mientras el ser humano actúa orgánicamente. De ocurrir lo segundo, se abre el camino para una serie de experiencias vicarias que, interpretadas también significativamente, producen, al igual que en el primer caso, los símbolos necesarios para el desarrollo del pensamiento mientras el ser humano actúa simbólicamente. En este último caso será necesario que exista entre las personas que se comunican un claro entendimiento de la significación simbólica, basado, en primera instancia, en las experiencias primarias que ambas hayan tenido con el universo. En cualquiera de los casos, para vivir una experiencia en el nivel reflexivo, el hombre tiene que captarla con plena conciencia, analizarla en su configuración total, predecir sus consecuencias, corroborar las predicciones formuladas, valorar los hallazgos y ajustar su conducta personal a la valoración hecha. El razonamiento o pensamiento reflexivo no es sino una actividad derivada de las experiencias sensoriales. Apre-

demos mientras leemos un libro o mientras oímos una conferencia, cuando compartimos con el autor un común denominador de símbolos significativos adquiridos a través de contactos directos con el universo, que nos permiten vivir simbólicamente las experiencias narradas, identificarnos con los personajes, juzgar situaciones, gozar, sufrir, etc. El pensamiento reflexivo no tiene luz propia ni soberanía absoluta; depende de los datos que le supla la percepción humana. El carácter instrumental de las ideas, que es una de las contribuciones básicas de la ciencia moderna, integra la reflexión con la percepción en forma tal que no es posible concebir una sin la otra.

En la adquisición del conocimiento y en la formación de las pautas que regulan nuestra conducta juegan papeles de extraordinaria importancia: 1) el aprendizaje reflexivo basado en contactos orgánicos, directos con la vida, y 2) el aprendizaje reflexivo basado en experiencias vicarias que, a su vez, tienen todas un trasfondo de contactos orgánicos directos con el universo. En sus contactos directos con el universo, el ser humano encuentra todos sus problemas significativos, así como los datos o señales relevantes que le permiten idear y corroborar las soluciones para tales problemas. Para la ideación y la corroboración, además de las percepciones, el ser humano necesita del proceso de la reflexión, que, a su vez, no puede desarrollarse sin el simbolismo del lenguaje.

El ser humano comienza su vida mediante un comportamiento puramente irracional, mostrando sólo reflejos no condicionados; luego aparecen dentro de la misma irracionalidad las destrezas motrices y los reflejos condicionados, todos productos del aprendizaje. Muy pronto, sin embargo, y debido a una extraordinaria capacidad orgánica transmitida por los genes del Homo Sapiens, el niño va descubriendo relaciones de causas y efectos en el universo donde vive, especialmente en la parte del universo que está en interacción con él. Entonces aparece el símbolo para denotar estas relaciones y otros seres humanos para compartirlas, y cuando esto ocurre, el universo adquiere significación y comienzan a surgir los primeros albores de la mentalidad y de su consecuencia lógica—el proceso reflexivo—. De hecho, la mentalidad, el aprendizaje reflexivo, el símbolo y el proceso so-

cial son todos elementos insustituibles en la cristalización de la condición humana; elementos que surgen, descansando unos de otros y complementándose unos a otros, de la conducta orgánica irracional del hombre, por estar latente, mediante la herencia, la potencialidad biológica para la conducta inteligente.

*La educación y el cambio social:
la escuela secundaria puertorriqueña*

De todo lo expuesto anteriormente sobre el cambio social y el proceso educativo se desprenden algunas pautas que bien pueden guiar a los educadores en su labor de orientación cultural; dediquemos, pues, unos minutos a explorar estas pautas con especial atención a sus implicaciones en la escuela secundaria puertorriqueña. En primer término debemos indicar que las filosofías y los programas educativos deben ser suficientemente claros para mostrar las preferencias y los prejuicios que pretenden establecer. El análisis y la evaluación del cambio social nos ha demostrado que muchas de las alternativas culturales de nuestra sociedad son satisfactorias y, en consecuencia, deben convertirse en preferencias de los maestros y de los alumnos puertorriqueños. Hay algunas alternativas que no son satisfactorias y es necesario formar prejuicios en contra de ellas y sustituirlas por otras. La palabra prejuicio no debe alarmarnos. Tan pronto establecemos una preferencia en nuestra vida, estamos, de hecho, estableciendo un prejuicio. Las preferencias de la cultura occidental por el método de la ciencia, por los valores democráticos, por la equitativa distribución de la riqueza o por la conducta cristiana conllevan prejuicios contra la ignorancia y la superstición, contra la esclavitud en cualquiera de sus formas, contra la acumulación del capital mediante la explotación del trabajador o contra las fuerzas que minan la condición espiritual del ser humano. Los sistemas educativos en todas las dictaduras tienen la ventaja, hasta ahora, sobre los sistemas educativos en las democracias. Esta ventaja es que el dictador, sea persona o partido político, sabe lo que quiere y establece claramente en las escuelas públicas sus preferencias y sus prejuicios. Las de-

mocracias, por un falso concepto de lo que representan y por una serie de temores injustificados, saben lo que quieren, pero no luchan con firmeza para conseguirlo a través de las escuelas públicas. Los sistemas educativos de las democracias caminan generalmente como barcos que, sabiendo su puerto de destino, desconectan la brújula para confiar en el azar.

El primer paso que debe dar un sistema educativo democrático es hacer un inventario de preferencias, estudiando, como hemos indicado, a la sociedad donde radica y a las grandes pautas ideales de la cultura mayor a que pertenece. La educación pública debe ser, en todos sus niveles, un reflejo y a la vez una crítica de la cultura del pueblo que la sostiene. En el nivel secundario, donde en Puerto Rico hay miles y miles de estudiantes, el campo es fértil para formar en la juventud las convicciones más elevadas sobre lo que debe ser la vida puertorriqueña. Hay que estimular con entusiasmo la formación de preferencias en cuanto al noviazgo, al matrimonio, la estructura del hogar, la vida social, la crianza de los hijos, etc. Es necesario desarrollar en nuestros jóvenes los hábitos y las actitudes que constituyen el método científico, el liberalismo político, el liberalismo económico y el credo democrático. Es de la mayor importancia que nuestros adolescentes vivan una vida cristiana y sientan el placer de así vivirla; es indispensable rebasar las perspectivas del materialismo histórico hasta llegar a la concepción de una vida espiritual, concebida ésta con o sin matices extrahumanos, preferiblemente con ellos. No hay edad más propicia que la juventud para formar los conceptos más juiciosos y claros sobre el país en que hemos nacido; su origen, su historia, sus aspiraciones y perspectivas futuras, y para desarrollar también el “esprit de corps”, la cohesión de grupo y el orgullo legítimo que debemos sentir todos por ser puertorriqueños. Nuestro pueblo tiene un carácter nacional, que no es otra cosa que el conjunto de motivaciones internas que compartimos los que aquí vivimos. Ese carácter nacional debe ser amplia, objetiva y críticamente discutido en nuestras escuelas secundarias. Ahora bien, como gran parte de los alumnos que comienzan la escuela secundaria sólo llegan al noveno grado, el mayor esfuerzo en relación con las

preferencias culturales de los puertorriqueños debe realizarse en los tres años de la escuela intermedia.

Hecho el inventario de preferencias, hay que proceder con sumo cuidado para lograr los fines que se persiguen. Lo primero que hemos de notar es que sólo a través del conocimiento se puede modelar la conducta humana. Todo aprendizaje reflexivo comienza con un problema y termina con un conocimiento; en el momento mismo en que se adquiere un conocimiento se establece la primera etapa de un hábito—la etapa consciente—; los hábitos son las unidades constituyentes de las actitudes y los valores. Hay completa integración entre el conocimiento y la conducta. Los programas educativos deben ser ricos en el conocimiento. En la escuela secundaria, cuando ya los alumnos dominan los instrumentos del lenguaje, deben presentarse las principales áreas del saber humano, para penetrar en ellas hasta donde lo permita la inteligencia del estudiantado. Es necesario establecer una bifurcación a la terminación de la escuela intermedia para que los mejor dotados continúen su progreso académico, mientras los otros emprenden los caminos vocacionales. Estos caminos vocacionales no deben considerarse inferiores, sino distintos. La superficialidad académica, que tanto se ha generalizado en nuestras escuelas secundarias, se debe, en buena medida, a la práctica establecida de abrir las puertas de la escuela superior a todos los graduados de la escuela intermedia, no importa cuáles sean los desarrollos de sus mentalidades. Es conveniente aclarar en este momento que la mera adquisición de conocimientos no garantiza la formación adecuada de la personalidad. Los conocimientos pueden usarse para bien o para mal. Hemos indicado anteriormente que al resolver un problema y adquirir un conocimiento se establece un hábito. Sin embargo, el mismo conocimiento puede dar lugar a la formación de hábitos distintos, a veces diametralmente opuestos. Todo depende de las decisiones que tome el alumno mientras se mueve dentro de la situación del aprendizaje. El estudio de la esclavitud negra en Puerto Rico puede formar en los estudiantes puertorriqueños altos valores de tolerancia racial y de respeto a la dignidad humana, o puede crear en ellos mismos prejuicios raciales. El estudio de las ciencias naturales puede desarrollar en

los estudiantes una actitud científica elevada con un profundo respeto para el misterio, o primera causa que explica el universo, o puede crear en ellos una actitud de parejería intelectual que les embote la imaginación y les deshumanice. Todo depende de la personalidad del maestro y de cuán hábil sea éste en la ciencia de formar personalidades; esta ciencia se aprende, como se aprende la medicina, y el que no la sabe es algo así como un curandero de la profesión del magisterio.

El mundo contemporáneo está borrando hoy día las rígidas demarcaciones tradicionales entre las distintas áreas del saber humano. Para entender hoy día el cambio social en un país cualquiera y para responder inteligentemente a ese cambio social es necesario poseer una gran versatilidad en el conocimiento. Los programas de nuestra escuela secundaria deben requerir todas las materias básicas, representativas de la herencia cultural que poseemos. No hay razón legítima para eliminar algunas de ellas, para rebajar injustificadamente sus requisitos académicos, o para convertirlas en electivas cuando deben ser compulsorias. Si Puerto Rico desea mantener su ritmo actual de progreso, tiene que conceder primera prioridad a una eficiencia académica, de tipo integral, orientada hacia las preferencias culturales más confiables de nuestra cultura.

El punto de partida en la búsqueda del conocimiento debe ser siempre una situación significativa, tanto para el maestro como para los alumnos. Puede ser una experiencia directa de vida o una experiencia vicaria, pero en cualquiera de los dos casos, para que fluya el pensamiento, es necesario disponer de símbolos que tengan sentido. Los símbolos adquieren sentido a través de contactos directos con el universo. Se puede teorizar en el campo del saber puro cuando previamente se han adquirido los símbolos significativos mediante procesos empíricos. Partir, como pretenden algunos profesores, de los principios abstractos de una materia, pretendiendo con ello asegurar su aplicabilidad, es ignorar la mecánica de la reflexión y todo el progreso realizado por la psicología experimental en el campo del aprendizaje. Esto quiere decir que el programa de nuestra escuela pública debe enfocar la problemática de la vida puertorriqueña antes de enfocar la problemática de la vida estadounidense o de la vida

ateniense o de la vida romana. Quiere decir, además, que el enfoque pedagógico más razonable no es el intelectualista, que parte de los primeros principios, sino el experimentalista, que asegura, mediante la experiencia vital, los logros de la significación y del entendimiento, para así llegar al verdadero conocimiento. Nuestra escuela secundaria debe enseñar los grandes conceptos del saber humano mediante el análisis de nuestro mundo, de nuestra sociedad y de sus problemas, y no mediante abstracciones que sólo estimulan la memorización, el retoricismo y las poses pseudointelectuales. Una vez se ha captado la significación y el símbolo de lo nuestro, entonces es posible, y no solamente posible, sino de rigor, que se amplíen las perspectivas de la conceptualización, estudiando las experiencias de otros mundos y otras sociedades y otras culturas.

El estudio del español y del inglés deben recibir primera prioridad en nuestra enseñanza secundaria si queremos atender adecuadamente los problemas relacionados con el cambio social. El español es nuestro vernáculo. Nos sirve, no solamente para comunicarnos, sino también para pensar. Los símbolos lingüísticos son los ingredientes del pensamiento; mientras más precisión, claridad y elegancia tengamos en nuestro hablar, más precisión, claridad y elegancia tendremos en nuestro razonar. La educación del futuro analizará el pensamiento de los alumnos mediante el análisis de su expresión. Si nuestra escuela secundaria consta de seis años, seis deben ser los años que se dediquen intensamente al estudio del vernáculo. Y por razones no idénticas, pero parecidas, seis deben ser los años que se dediquen al estudio del inglés. Políticamente, socialmente y comercialmente el dominio del inglés es una necesidad de primer orden en Puerto Rico. No creo que nuestras escuelas secundarias deban emprender la tarea de enseñar un tercer idioma en Puerto Rico; esa misión le corresponde a la Universidad.

Y ahora, para terminar, dos recomendaciones: 1) La mayor parte de los estudios pedagógicos realizados hasta ahora en Puerto Rico han girado en torno a los problemas administrativos de nuestras escuelas. Estos estudios nos hablan de la matrícula sencilla, de la matrícula doble y de la matrícula alterna; del zapato escolar, de las verjas de las escuelas, de las edades y de los sexos

de los estudiantes; de la retención, de la retardación y de las promociones. A mi juicio, todos esos estudios son útiles y sirven de mucho al educador, pero son de orden suplementario; no nos dejemos ahogar por los números y las estadísticas. 2) Tratemos de hablar con claridad sobre nuestros problemas educativos, señalando pautas de acción, caminos a seguir. Con generalidades y frases vacías de sentido y, sobre todo, faltas de orientación específica no iremos muy lejos. El que no se expresa con claridad es porque no piensa con claridad. La tarea grande, noble y patriótica de todo nuestro magisterio es tarea científica y es a la vez obra de arte: consiste en modelar la personalidad puertorriqueña de acuerdo con los valores máspreciados de nuestra sociedad y del mundo occidental. El problema grande que tenemos frente a nosotros no es de orden cuantitativo, sino de orden cualitativo, y para resolverlo tenemos que clarificar nuestro pensamiento y luego actuar con decisión y valor.